y morir (como diremos adelante de los religiosos benditos del glorioso padre Santo Domingo), y los trajo también descansadamente, haciendo muchas paradas a trechos y tomando muchos puertos (que después acá no se toman, sino cuando mucho solos dos), y éste es el misterio, querer Dios que sus primeros y necesarios ministros llegasen con descanso y sin achaque de dolencia, para que luego se entregasen al cuidado que traían y ministerio que se les encomendó; y echase de ver, pues haciendo tantas paradas, tomando tantos puertos y estándose tanto en ellos en especial en el Santo Domingo, donde estuvieron seis semanas, que es poco menos de mes y medio, y venir en poco más de tres meses, que es el viaje casi ordinario de las flotas, es señal que Dios daba más vientos en aquella ocasión que los ordinarios, para que en menos tiempo de mar anduviesen las leguas que en el que se detenían en la tierra perdían. Y así llegaron buenos y sanos, y dando dello gracias a Dios, dos días antes de la Pascua de la venida de su Santo Espíritu; que era como decir que ya entraba la gracia donde tanto tiempo había que no era conocida, y que entraba la iglesia, comenzando su monarquía, como en realidad de verdad comenzó entonces; pues venía el santo fray Martín por vicario del pontífice con sus mismas veces, haciendo oficio de prelado general.

CAPÍTULO X. *De la devoción y reverencia con que el gobernador, don Fernando Cortés, recibió a los doce religiosos; acreditando, con su humildad y sumisión, la predicación del santo evangelio*

STO ES CIERTO Y AVERIGUADO, que lo que mucho se desea, es alegremente recebido al tiempo que se consigue. Esta alegría y contento recibió el gobernador don Fernando Cortés cuando supo la llegada destos religiosos que él tanto había deseado y procurado; y holgándose en el alma dio muchas gracias a Dios por esta merced tan soberana como le había concedido. Luego mandó a algunos de sus criados les saliesen al camino y los recibiesen en su nombre, y mirasen mucho por el buen comodo y regalo de sus personas; lo uno, porque no les faltase la provisión necesaria a su mantenimiento; y lo otro porque no les sucediese alguna desgracia a causa de no estar aún del todo las cosas de la tierra entabladas y firmes, por haber poco que los españoles la ganaron y los pocos que en ella había estar recogidos en Mexico y no sin recelo de alguna novedad. Y era muy fácil de creer que el demonio incitaría contra ellos a sus infernales sátrapas y ministros (como después lo hizo, en algunas ocasiones), que convocaran el pueblo que los mataran, como a los que venían a hacerle más guerra en lo espiritual que el capitán Cortés hizo en lo temporal. Porque si éste rindió los cuerpos de los indios presentes, éstos venían a conquistar y sujetar las ánimas, no sólo de los presentes que quedaron, sino

también de los que después habían de venir y ahora nacen debajo del yugo y doctrina de Jesucristo nuestro señor; y como a acérrimos enemigos les tenía odio mortal y pretendiera con todas las veras de su malicia su total fin y acabamiento, por no tener contrarios que ultrajando y derribando sus ídolos, contradijesen su culto y adoración de cuantos se muestra amigo.

Uno destos criados de Cortés, que fueron a este recibimiento, era Juan de Villagómez, de quien el venerable padre fray Gerónimo de Mendieta tuvo esta relación, y yo la saqué de sus escritos. Y mientras estos religiosos caminaban para Mexico (que dista del puerto donde desembarcaron sesenta leguas) a pie y descalzos y sin querer recibir mucho regalo, aunque les ofrecían el que quisieren los ministros que los acompañaban. Mandó el gobernador llamar a su presencia todos los indios caciques y principales de las mayores poblaciones que en el contorno de Mexico había, para que todos juntos se hallasen en su compañía, a recibir los ministros de Dios, que de su parte venían a enseñarles su ley y mostrarles su santa voluntad, y guiarlos por el camino de su salvación.

Pasando estos siervos de Dios por Tlaxcalla se detuvieron allí algunos días, por descansar algo del camino, y por ver aquella ciudad que tanta fama tenía de populosa (como lo fue y es, como dejamos dicho en el libro de las poblaciones), y aguardaron el día del mercado (que ellos llaman tianquiztli) cuando la mayor parte de la gente de aquella provincia se suele juntar a sus tratos y granjerías, acudiendo a la provisión de sus familias. Y maravilláronse de ver tanta multitud de almas, cuanta en su vida jamás habían visto así junta, alabaron a Dios con grandísimo gozo, por ver la copiosísima mies que se les ofrecía y ponía por delante. Y movidos con el celo de la caridad que venían, ya que no les podían hablar por estar ignorantes en su lengua, comenzaron con señas (como hacen los mudos) a declararles su intento, señalando al cielo, queriéndoles dar a entender que ellos venían a enseñarles los tesoros y grandezas que allá en lo alto había. Los indios se andaban detrás dellos, como los muchachos suelen seguir a los que causan novedad, y maravillábanse con verlos con tan desarrapado traje, tan diferente de la bizarría y gallardía que en los soldados españoles habían visto; y decían unos a otros, ¿qué hombres son éstos tan pobres? ¿Qué manera de ropa es esta que traen? No son éstos como los otros cristianos de Castilla; y menudeaban mucho un vocablo suyo, diciendo, Motolinía; y uno de los padres, llamado fray Toribio de Benavente, preguntó a un español, ¿qué quería decir aquel vocablo que tanto lo repetían? Respondió el español: padre, Motolinía quiere decir pobre o pobres; entonces dijo fray Toribio, ése será mi nombre por toda la vida; y así de allí adelante nunca se nombró, ni firmó sino fray Toribio Motolinía.

Llegados (pues) a Mexico, el gobernador don Fernando Cortés, acompañado de todos los caballeros españoles, e indios principales, que para el efecto se habían juntado, los salió a recibir, los cuales traían sendas cruces de palo en sus manos, y poniendo el humilde capitán las rodillas en el suelo, de uno en uno les fue besando a todos las manos, sin consentir que los ministros de Dios se bajasen ni hiciesen ningún acto humilde, sino que se

estuviesen en pie, con la más autoridad que pudiesen. Lo mismo que el gobernador hizo don Pedro de Alvarado y los demás capitanes y caballeros españoles. Otro conquistador, llamado Rafael de Trejo, dejó escrito, y firmado de su nombre, en un breve memorial que hizo de algunas cosas dignas de memoria de aquellos tiempos, que no sólo el cristianisímo capitán Fernando Cortés se había hincado de rodillas para besar la mano a los religiosos, sino que también se había quitado la capa y puéstola a los pies del santo fray Martín, caudillo y custodio desta pequeñuela grey de Jesucristo, para que pusiese sus pies sobre ella y pasase, como hicieron el día que Cristo nuestro señor entró triunfando en Jerusalén, rodeado de ramos y pisando las ropas y vestidos de sus moradores. Pero séase esto o esotro solo, éste fue acto de muchísima humildad a cuya imitación hicieron lo mismo los indios, que presentes estaban, besando las manos a los nuevos huéspedes y sacerdotes de Jesucristo (tanto puede el ejemplo de los mayores). Acto casi semejante al de los reyes católicos en la consagración del arzobispo de Toledo, don fray Francisco Ximénez, en el cual acto le besaron la mano, y recibieron dél paternal bendición, a cuyo ejemplo hicieron lo mismo todos los grandes y señores que se hallaron presentes.

Este celebérrimo acto está pintado en muchas partes desta Nueva España, de la manera que aquí se ha contado, para eterna memoria de tan memorable hazaña, que cierto fue la mayor que Cortés hizo, no como hombre humano, sino como angélico y del cielo; por cuyo medio el Espíritu Santo obraba aquello para firme fundamento de su divina palabra. Que así como por hombres pobres y bajos (al parecer del mundo) la introdujo en él en sus principios; ni más ni menos por otros hombres pobres, rotos y despreciados, la había también de introducir en este nuevo mundo y publicar a estos infieles que presentes estaban y al inumerable pueblo y gentío que dellos dependía. Y quiso la majestad altísima de Dios que los primeros ministros desta indiana iglesia fuesen hijos de mi glorioso padre San Francisco, cuya regla profesa tanto menosprecio y pobreza, para que con ella se quitase el escándalo que había dejado en las Indias tan desordenado apetito de riquezas. Porque esto es verdad, que muchos de los indios resabidos estuvieron con ánimo de tener al oro por Dios, pues con tanto cuidado lo buscaban y guardaban los hijos del sol, que así llamaban a los españoles. Y esto que dudaron de hacer estos nuestros indios, desta Nueva España, les sucedió de hecho a los de la isla de Cuba, el año de mil y quinientos y once, que tuvo noticia un señor llamado Hayati de la venida de los españoles, y sacó un cestillo lleno de joyas de oro y dijo a los suyos que aquél era el Dios de los españoles, que le bailasen para contentarlo porque ellos no los maltratasen; y así le hicieron gran baile, que ellos llaman areito, y nuestros mexicanos, mitote. Pues para acabar de desterrar este error (si en alguno de los mexicanos quedaba) quiso el piadoso padre de las lumbres darla con esta venida de religiosos muy pobres, para que los naturales entendiesen que había quien despreciase el oro y se preciase de sólo servir a Dios, haciendo su divina voluntad; los cuales a imitación de los díscipulos que Cristo nuestro soberano maestro envió por el mundo,

mandándoles que no llevasen alforja, ni báculos en las manos; vinieron estos despreciadores de las cosas temporales, sin más ropa que sus solos y sencillos hábitos, y por báculos la cruz bendita de Jesucristo, en la cual afirmados pudieron hacer esta trabajosa jornada, y salir a puerto de recreación y seguro.

Cierto que este hecho de don Fernando Cortés en hincar las rodillas en tierra y besar la mano con devoción y humildad a los religiosos, fue la mayor hazaña de cuantas dél se cuentan; porque en las otras venció a otros, mas en ésta vencióse a sí mismo; el cual vencimiento, según doctrina de los santos y de todos los sabios, es más fuerte y poderoso y más dificultoso de alcanzar que el de las otras cosas fortísimas del mundo. Porque, ¿qué hombre hubiera que puesto en la cumbre y alteza en que se veía puesto, enseñoreado de un nuevo mundo, tenido y respetado de los mismos señores dél, y reputado dellos por otro dios Júpiter o Marte, se abajara y humillara hasta ponerse de rodillas delante de unos pobres hombres mendigos y remendados, y al parecer del mundo, dignos de ser tenidos en poco y besarles sus manos? Y más que se afirma dél que no les hablaba vez si no era con la gorra en la mano, y la rodilla en el suelo (y así lo afirma Gómara en su *Historia de la conquista de Mexico)*, besábales el hábito, por dar ejemplo a los indios que se habían de volver cristianos; aunque dice luego que algunos le dijeron, que ¿cómo hacía, por quién los había de destruir, en viéndose en su reino? Palabras que después se le acordaron hartas veces. No es de creer se acordaría dellas para tener sentimiento del mal que podía recebir dellos; pues siempre le tuvieron por padre, y en todas ocasiones le ayudaron y favorecieron, si no para admirarse de que recelándose los que trataban mal la causa de los indios, los tenían después por contrarios y lo adivinaron en aquella ocasión. Pero volviendo al propósito, digo que ella fue obra de tal varón y de tan católico pecho, que consideraba bien la honra que a los sacerdotes se debe (por indignos que parezcan), pues son ministros de Dios en la tierra y sus vicarios y lugartenienses en ella. Lo cual, por no haberse guardado en algunas partes del mundo, que solían ser católicos, han venido a caer de la fe en tantos errores. Y si esta honra se debe y ha de hacer a los sacerdotes de Cristo en todas partes, más particularmente en aquellas que son nuevas en la fe, donde por ser las plantas tiernas, advierten y miran con atención cómo tratan y conversan los antiguos cristianos con sus sacerdotes, y cómo les dan la honra que su dignidad merece, para ser ellos guiados y regidos por aquel ejemplo. Aposentados (pues) los nuevos huéspedes, y acariciados con mucha humildad por el gobernador, se volvió a los indios caciques y principales (que estarían como atónitos y espantados de ver el extraordinario acto referido) les habló, diciendo: Que no se maravillasen de lo que habían visto, que siendo el capitán general, gobernador y lugarteniente del emperador del mundo, había reconocido obediencia y sujeción a aquellos hombres, que en hábito pobre y despreciado habían llegado de las partes de España. Porque nosotros (dijo él) que tenemos dominio y señorío, y gobernamos a los demás, que están debajo de nuestro mando

(aunque es verdad que todo procede y viene del sumo Dios), este poder empero, que alcanzamos, lo tenemos limitado, que no se extiende más que hasta los cuerpos y haciendas de los hombres, y a lo exterior y visible que se ve y parece en este mundo perecedero y corruptible; mas el poder que éstos (aunque pobres) tienen, es sobre las ánimas inmortales, que cada una dellas es de mayor precio y estimación que cuanto hay en el mundo, aunque sea oro o plata, o piedras preciosas, y aunque los mismos cielos que desde aquí vemos; porque tienen poder concedido de Dios para encaminar las ánimas al cielo, a gozar de gloria perdurable, queriendo los hombres aprovecharse de su socorro y ayuda, y no queriendo se perderán e irán al infierno a padecer tormentos eternos, como los padecen todos vuestros antepasados por no haber tenido ministros semejantes a éstos, que les enseñasen el conocimiento de nuestro Dios que nos crió, y de lo que manda que guardemos para que consigo nos lleve a reinar en el cielo; y porque a vosotros no os acontezca lo mismo y por ignorancia no vais donde fueron vuestros padres y abuelos, vienen estos sacerdotes de Dios que vosotros llamáis teopixques, para enseñaros el camino de salvación. Por tanto, tenedlos en mucha estima y reverencia, como a guías de vuestras ánimas, mensajeros del muy alto Señor y padres vuestros espirituales; oíd su doctrina y obedecedlos en lo que os enseñaren y mandaren, y haced que todos los demás los acaten y obedezcan, porque ésta es mi voluntad y la del emperador nuestro señor, y la de ese mismo Dios por quien vivimos y somos, que a estas tierras nos los envió y a quien hemos de estar sujetos en lo espiritual.

CAPÍTULO XI. *De una plática que los doce padres hicieron a los señores y caciques, dándoles cuenta de su venida y pidiéndoles sus hijos para enseñarles en la ley de Dios*

ESTEJARON LOS ESPAÑOLES LA VENIDA de estos religiosos con grandes muestras de regocijo y mucho más el marqués del Valle, considerando que por ministerio de estos bienaventurados religiosos habían de poblar y conquistar el cielo, los que él había conquistado en la tierra. Gozándose de sus trabajos pasados daba gracias a Dios por el suceso. Estaban los indios admirados de ver en los padres espirituales, que les habían venido tanta humildad y pobreza, y mucho más de verla tan reverenciada del marqués y de los españoles, que no cesaban de besar el hábito religioso (lo cual ellos no acostumbraban hacer en su gentilidad a sus ministros) y aunque bárbaros y no cursados en la ley divina, bien entendían que aquellas muestras eran de gente que trataba con Dios, despreciando las riquezas de la tierra, y que era más recogida y penitente su vida que la común de los demás cristianos que trataban del gobierno y de las demás cosas tocantes a la guerra.